

LOLA GIL

# Perdidas en la ciudad



+18

# *Perdidas en la ciudad*

*Lola Gil*

Esencia/Planeta

© Lola Gil, 2024  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2024  
ISBN: 978-84-08-29101-5  
Depósito legal: B. 12.079-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Capítulo 1

### Olivia

—¿Sí?

—Soy yo.

—Yo... ¿Apellido?

—Soy Olivia.

—Olivia... ¿Apellido?

—...

—¡Bienvenida, tontaaaa!

Suspiro y me sale una sonrisa. E intento ignorar el nudo en la garganta. Empujo la pesada puerta de cristal. Estoy nerviosa. Camila y yo vamos a vivir juntas. Yo, que hasta hoy llevaba seis años viviendo en pareja. No sé cómo se hace esto... ¿Habéis compartido piso alguna vez? Quiero hacerlo bien, quiero demostrarle a Cami la gratitud que siento. También quiero hacerme pequeñita y jurarle que no la molestaré. No quiero molestar a nadie. Me ofreceré a hacer la cena. Bueno, salvo que no le vaya a gustar lo que yo prepare, tampoco quiero obligarla a comer lo que yo diga, claro... Quizá no sea buena idea preparar la cena, tal vez deba ofrecerme a otra cosa.

—¡¡¡Oli!!!

Camila se tira a mis brazos en cuanto se abren las puertas del ascensor. Aspiro su olor dulzón y me siento segura.

—Quién nos iba a decir que acabaríamos compartiendo piso, ¿eh?

—No te molestaré mucho. Buscaré uno para mí, te lo prometo.

—Calla, puedes quedarte el tiempo que quieras, hay espacio de sobra. Pasa. ¡Qué ilusión me hace tenerte aquí!

Entro en su casa con una sonrisa, pero, al mismo tiempo, no sé por qué, con ganas de llorar. Supongo que es por la amabilidad de Camila, porque me hace sentir segura en mitad de esta incertidumbre, y eso es lo que más ansío y necesito ahora mismo. Porque Cami no me juzga, me acepta como soy, y eso es un descanso porque ya me juzgo bastante yo misma las veinticuatro horas del día por estos últimos años y por haber dejado a Ignacio... Pero, sobre todo, porque está dispuesta a acompañarme en mi peor momento. Aunque según ella sea el mejor. Camila me hace sentir a salvo.

Por otro lado, estar con ella me hace tener demasiado presente la situación en la que estoy. No puedo evitar sentir que, cuando estoy sola, me aísla de lo que me está ocurriendo y me engaña a mí misma creyendo que soy libre y feliz y, cuando creo que estoy bien, me junto con gente que me conoce y me hace recordar quién soy y qué circunstancias tengo. Un recordatorio de que no puedo escapar de mi pasado. No, por lo menos, mientras siga en el mismo entorno. Me gustaría contároslo todo bien, pero no sé por dónde empezar, ni yo misma me explico cómo he llegado a este punto ni cuándo se torció todo. Trago saliva con amargura. Quizá Ignacio tenga razón, quizá me gusta estar sola para escapar, quizá por eso me siento a gusto con simples conocidos, porque con alguien que acabas de conocer no hablas de tus problemas ni del pasado del que no quieras hablar.

Empujo mis dos maletas, que pesan lo suyo. Aunque también podría decirse que pesan demasiado poco si tenemos en

cuenta que llevo toda mi vida dentro. Todo lo demás lo he donado o tirado... Treinta años de vida comprimidos en dos maletas y una guitarra.

—Este es tu cuarto, ponlo como quieras, de verdad, es tuyo. Y puedes traer a quien quieras.

—No voy a traer a nadie.

—Eso ya lo veremos, pero, si es así, mejor. Yo nunca los traigo a casa, que luego saben dónde vives y te trae problemas. —Se tira sobre la cama y se apoya sobre los codos—. ¿Qué tal el viaje?

—Bueno... Al principio... al despedirme de...

Paro de hablar porque me pongo a llorar. Camila me abraza y me anima a llorar más. Pero es que no puedo, no puedo con más lágrimas, con más dolor. No sé ni cuánto llevo llorado este último mes y no sé cuándo dejaré de hacerlo. ¿Cuánto puede llorar un ser humano? Os juro que siento que me consumiré a base de lágrimas...

—Oli, es normal que llores, ¿vale? Tienes que sacarlo todo y te llevará un tiempo. Pero has sido muy valiente, ahora vas a poder vivir tu vida. Vas a estar genial, en serio.

Le sonrío, nos abrazamos y nos quedamos mirando nuestro reflejo en el espejo del armario. Las dos vemos mi cara roja y temblorosa y nos reímos.

—¿Qué te vas a poner hoy?

—¿Hoy? ¿Cuándo?

—Para cenar.

—Cami, acabo de llegar...

—Hemos quedado con Cris en un sitio de *sushi* espectacular. Es pijo, así que arréglate.

—¿Cris viene? —No me apetece nada salir de casa, pero hace mucho que no la veo y tal vez debería hacer el esfuerzo. Los únicos pros que le encuentro al plan son verla y el hecho de que ha desaparecido de un plumazo mi dilema sobre si debería preparar o no la cena—. ¿Qué sitio es?

—¡Sorpresa! ¡Dentro de una hora salimos! Ponte guapa, es tu presentación en sociedad.

—¡Cami!

Camila esquiva mi manotazo y se va a su cuarto. ¿Cómo voy a ir a cenar por ahí? Me siento como si un camión me hubiese pasado por encima. Diversas veces. Demasiadas veces. No sé explicarlo, es un cansancio físico y al mismo tiempo mental. Lo único que me apetece es meterme en la cama y dormir varios días. Miro mis zapatos y los recuerdo en el armario de la casa donde he vivido seis años de mi vida... donde está el que ha sido mi compañero de vida hasta hoy. Me pregunto qué estará haciendo y si estará sufriendo tanto como yo. Me muerdo el labio y se me escapa una lágrima. Me odio por habernos hecho tanto daño a los dos. ¿En qué momento comenzó todo? ¿Por qué no supe pararlo antes? Una parte de mí quisiera volver y abrazarlo, decirle que olvidemos lo que ha ocurrido, volver a ser las dos personas que éramos, la pareja que volvía a casa y preparaba la cena emocionada con la serie que teníamos para ver. ¿Estará él preparando la cena? ¿Verá Netflix después? ¿Solo? ¿Qué estará haciendo?

Me odio. Me odio. Me odio.

—Oli, ¡te abro el grifo de la ducha para que se vaya calentando el agua!

Me seco las lágrimas y me levanto de la cama. Camila sabe cómo activarme. No quiero desperdiciar agua y menos en su casa. Todavía no hemos hablado sobre cómo dividiremos los gastos. Cojo una toalla de mi maleta y voy corriendo al baño. No me miro en el espejo. No quiero verme.

El agua me sienta genial. Parece que el chorro de la ducha se lleva todo mi cansancio y los malos pensamientos. Un poquito, al menos. Podría estar horas aquí debajo. Aquí me siento bien.

—Oli, *dress to impress!* ¡Recuerda!

Vale, SOS, tenéis que ayudarme. ¿Qué me pongo para una presentación en sociedad? ¿Eso existe hoy en día? ¡¿Qué hago?! Salgo de la ducha, me seco el cuerpo, me envuelvo el pelo con la toalla y voy al que ahora es mi cuarto. Empiezo a sacar ropa y la extiendo sobre la cama. No tengo ni idea de qué ponerme. Es un restaurante pijo. No sé qué significa eso realmente en boca de Cami, pero es el único dato que tengo para decidir. Miro el móvil. Hoy por la noche hará unos quince grados y habrá cielo despejado. Quince grados por la noche y cielos despejados en pleno abril... Esa es otra cosa que voy a amar de esta ciudad. Miro un vestido beige, una falda granate...

—A ver, Oli, no le des muchas vueltas, siempre has tenido estilazo. ¿Qué te hace más ilusión?

—No lo sé... Hace tanto que...

—¿La falda? Te la pusiste en la cena que hicimos en verano en el pueblo, ibas guapísima. Con esto, triunfas. —Me la tira y se va hacia el baño canturreando.

Me sale una carcajada con notas escépticas. ¿Que qué quiere decir con triunfar? Lo ignoro, aunque sí sé que no voy a estar a la altura de sus palabras ni de su objetivo para esta noche. No quiero ligar, de eso estoy segura. No después de lo que me ha pasado... Todavía no estoy preparada para conocer a alguien. Es impensable. No lo quiero ni lo merezco. ¿Cuándo estás preparado para conocer a alguien después de haber tenido una relación de seis años? Me da pánico... No voy a mentir, a una parte de mí le ilusiona la posibilidad de sentirse querida..., imaginar que puedo gustar a alguien..., porque hasta hace poco pensaba que eso ya no era posible para mí. Pero a otra parte de mí le parece muy desalentador tener que darme a conocer de nuevo... ¿A quién le voy a interesar? Y, sobre todo, me desmotiva mucho tener que contar que me he divorciado... Porque eso es lo que me pasa, que me he divorciado con treinta años... No estamos en esa edad en la que esto sea



algo habitual. La gente a mi alrededor se está casando, no divorciando.

Pero así es. Conocí a Ignacio y desde el primer instante fue un amor conmigo, en serio, la persona más encantadora del mundo. Encajamos perfectamente y solo queríamos estar juntos. El problema consistió en que lo que yo creía que era encajar fue realmente adaptarme yo a él. Fueron pequeños cambios, muy sutiles, que en su momento no pude ver. Y las pocas veces que me daba cuenta y quería hacer algo, ¡sorpresa!, aparecía con algo que me encadenaba más a él: primero fue adoptar a *Bolita*. Nuestro gatito hizo que quedarme en casa me gustase. Yo nunca había sido de encerrarme y pasar el fin de semana frente al televisor. Pero entonces llegó *Bolita*. Y *Bolita* era un amor y, de repente, echar la siesta junto a él era lo mejor de mi día. Lo mejor de mi día con veinticinco años era dormir con mi gato. La única que no veía que eso no me pegaba nada era yo. Lo veían mis amigas, lo veía mi familia, pero yo no. Él me cambió. Me acabó moldeando hasta que encajé con la decoración de la casa que acabamos comprando en un pueblo en el que yo nunca había querido vivir. Pero parecía el paso lógico, llevábamos unos años juntos, teníamos a *Bolita* y estábamos de alquiler, ¿por qué no comprar? Y, después, ¿por qué no casarnos? Y después de la boda... Lo que vino después de la boda fue el «clic» que necesitaba para despertar, para luchar por tener una vida que de verdad me gustase. Y esa vida comenzaba por escapar de allí.

¿Habéis pasado por una ruptura alguna vez? Malditas rupturas. Es difícil dejar. Es difícil ser dejado. Y menuda mierda cuando se acaba una relación, que no el amor. Porque yo lo quiero, pero... a veces tienes que dejar a alguien a quien quieres. ¿Y cómo se hace eso? Con muchas lágrimas. Con mucho dolor. Porque lo quieres, pero te tienes que querer más a ti. Y no te atreves, vives en un bucle infinito del que quieres salir.

Pero no puedes. No puedes. Y lo intentas. Una y otra vez. Y cada vez duele más, cada vez tienes menos fuerzas, cada vez notas que te consumes un poco más. Poco a poco. Hasta que explotas y necesitas huir, gritar, tomar distancia. Y entonces lo haces mal. Porque ya te da igual cómo hacerlo, solo quieres hacerlo. No es lo mejor, os lo digo yo. Pero es algo. ¿Después? Quién sabe. Pero, de momento, tengo paz. Y eso es algo también.

Noto la vibración de mi móvil en la mesilla. Es él. Me pregunta qué tal he llegado. Lo llamo.

—Hola... ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Qué tal el viaje?

—Ha ido bien, he ido escuchando música todo el rato.

—¿Y ahora qué haces?

—Pues... —Dudo. ¿Cómo voy a decirle que voy a cenar por ahí cuando él está solo?—. Vamos a cenar Camila, Cris y yo.

—Ah, muy bien... De fiesta, entonces.

—Es solo para ponernos al día.

—Ya, bueno, y yo aquí.

—Ignacio...

—Estoy cuidando de tu gato, ¿sabes?

—Nuestro gato.

—Ya, pero aquí lo tengo yo, y tú, de fiesta.

—¡No me dejaste traerlo!

—Pero ¿cómo va a vivir el gato allí? ¿Sabes cuánto se estrecharía?

—Jo, Ignacio, joé, lo siento..., lo siento muchísimo.

—Ya, pero aquí nos has dejado tirados.

—Ignacio...

—Nada, oye, pásalo genial, ¿eh? Vete a cenar tranquila después de mandarlo todo a la mierda.

—Ignacio, eso no ha sido así, no eres justo.

Oigo que Cami toca a mi puerta.

—¡Oli! ¿Estás preparada?

—¡Voy! —Vuelvo al móvil—: Lo siento, Ignacio, tengo que colgar, ¿vale?

—¿Tú sabes el daño que me has hecho? Espera. ¡Encima no me cuelgues!

Oigo golpes en la puerta, esta vez más enérgicos.

—¡¡¡Oli!!! ¡Vamos a llegar tarde!

Tengo el corazón a mil, no quiero colgarle y dejarlo así de mal, pero tampoco quiero hacer esperar a mis amigas. Dios, cuánto desearía estar sola ahora mismo y desaparecer.

—Lo siento. Jo, es que no puedo, tengo que irme.

—Hala, pásalo bien. Qué contenta estará Camila, que solo quiere que guarrees. Ya lo ha conseguido.

—Ignacio, disculpa, tengo que colgar. Lo siento. Lo siento.

Cuelgo el teléfono. Me duele el pecho. Quiero llorar, pero me falta el aire. No he estado tan bloqueada en mi vida. No quiero volver atrás, pero no puedo ir hacia delante. Camila toca a la puerta de nuevo. Menos mal que he puesto el pestillo. Quiero desaparecer. ¿Cómo voy a salir ahora del cuarto?

—¡Oli! ¿Estás bien?

Ahogo la cara en una almohada. Chillo sin chillar. No sabía ni que eso era posible. Me obligo a coger aire. Tengo que responder.

—¡Voy! ¡Cinco minutos!

Vale, sí, me visto, Camila tiene razón. Siento que ahora mismo no sé tirar de mí misma, así que necesito constantemente ese impulso extra. Ella sabe lo que me viene bien y, si es ir a cenar, iré a cenar. Me pongo la falda granate y un top blanco. Cojo la cazadora de cuero y... y listo, ¿no? Si parece verano... Me miro al espejo. No me gusta lo que veo. Me maquillo y me hago una trenza para que el pelo se me seque con ondulaciones. Maquillada me veo mejor. Un poco, al menos. Estoy lista. Creo.

—Oye, esa falda un botón más abierta, ¿eh?

—¿Por?

—Porque estamos en Madrid y estás soltera.

—Bueno, en verdad, soltera, soltera...

La mirada de Camila me acalla yuelto obedientemente un botón de la falda. Primera noche en Madrid. Vamos allá.

—Pido un Uber, ¿vale? Vas a tener que descargarte la aplicación si quieres sobrevivir aquí.

Saco el móvil y, antes de que me la descargue, ya ha llegado un coche negro.

—Dios, parecemos vip.

—No, pareces de pueblo. —Me dedica una elocuente mirada y se monta en el vehículo. La sigo emocionada. ¿Habéis montado en un Uber? Qué elegancia, por Dios—. ¿Puede ponernos música animada, por favor? Oye, ¿vas a querer hablar de lo tuyo en la cena... o lo evitamos?

—Lo evitamos, lo evitamos.

—Cris ya lo sabe, ¿no?

—Sí... No sé si todos los detalles, pero... lo del div..., lo de eso, sí, y lo de los problemas del año pasado también. Respecto a ahora, solo le dije que me mudaba aquí, que ya lo había solucionado todo... ¿Tú...?

—No, tranquila, le comenté que estabas pasando un mal momento, nada más.

—Vale, gracias.

Se instala el silencio. Si no fuera por el conductor del Uber, no sería un silencio incómodo, pero lo es, porque noto su mirada en el espejo retrovisor. O quizá son figuraciones mías. ¿Se notará que he llorado? Dios, ¿qué hago aquí? El reguetón que nos ha puesto parece fuera de lugar. O por lo menos me hace sentir a mí fuera de lugar. Paramos en un semáforo y por la ventanilla se cuela un murmullo de voces festivas. Necesito aire. Saco el móvil y veo que tengo varios mensajes de Ignacio.

Me manda fotos de *Bolita* y él en el sofá. Dice que me echan de menos. Ver al gato me provoca un nudo en la garganta. Le digo que yo también los echo de menos, que lo siento muchísimo, que voy a pensar cómo puedo arreglarlo. Envío el mensaje cuando el semáforo se pone en verde. Intento tragar saliva y volver a la conversación.

—No sé ni por dónde empezar a contar...

—Oli, tranquila. Tenemos toda una nueva vida por delante para que cuentes lo que quieras y no cuentes lo que no quieras. —Me coge la mano—. Estamos juntas, hay tiempo de sobra para todo, ¿vale?

Asiento sin hablar porque, si abro la boca, puede que empiece a llorar. De todas formas, el coche se detiene y lo que veo por la ventanilla me hace olvidar las lágrimas.

—¿Es aquí? ¿Es un restaurante o una discoteca?

No sabría deciros la de gente que se acumula alrededor de la entrada. Veo chicas que parecen recién salidas de la peluquería y chicos más elegantes que en una boda. Quizá tampoco sea para tanto, pero, si os dijera simplemente que van más arreglados que en mi pueblo, creo que podríais subestimar el panorama.

—Restaurante, vas a tener que acostumbrarte.

No me muevo, estoy paralizada. Finjo que estoy esperando a que el conductor nos diga cuánto es la carrera, pero en verdad estoy bloqueada, no sé qué hago aquí. Y resulta que estos coches se pagan cuando los pides, así que no tengo excusa.

—Cami...

—¿Qué pasa, Oli?

La miro, quiero hablar, pero tengo un nudo enorme en el estómago. Lo intento y me sale un hilo de voz.

—Me siento perdida...

Camila me agarra fuerte la mano y sé que no se atreve a llevarme la contraria. Las dos tenemos claro que es así.

—Todos lo estamos, Oli. Estamos perdidas..., pero al menos estamos perdidas en la ciudad. —Ella sale del coche y me sujeta la puerta con una sonrisa que me reconforta y me da miedo a partes iguales—. Ábrete otro botón, empieza la noche madrileña.